EN BRETAÑA

Julio 1882.

Esta es la estación de los viajes, la estación clara en que gusta ver nuevos horizontes, las vastas extensiones de mar azul por las que se espacía la mirada y se calma el espíritu, los valles poblados de árboles, bellos y frescos, en los que á veces el corazón se enternece, sin saber por qué, al sentarse al anochecer en un ribazo del camino tapizado de terciopelo verde, y se mira á sus pies una poca de agua parda y estancada, donde se ve el sol poniente en los carriles que han abierto las ruedas de las carretas.

Me gustan lo indecible esos viajes á unos países que no se han visto jamás, que se cree descubrir,

los asombros súbitos ante las costumbres que no se sospechaba siquiera, la constante tensión del espíritu, la alegría de los ojos, el continuo trabajo de la mente.

Pero una cosa, una cosa sola me echa á perder el encanto de esas excursiones: la lectura de las guías. Escritas de un modo indecoroso, cuajadas de descripciones odiosas y siempre falsas, de datos erróneos, de indicaciones de caminos puramente fantásticos, son todas, exceptuando una alemana excelente, el consuelo de los burgueses que viajan en tren botijo y creen haber visto la comarca en el Joanne, y la desesperación de los verdaderos viajeros que con el hatillo al hombro y el bastón en la mano van por senderos y torrenteras y á lo largo de las playas.

Mienten; nada saben, nada comprenden y afean, con sus descripciones de prosa enfática y estúpida, los más hermosos países; no hablan más que de las carreteras, y sin embargo nada les pueden echar en cara los planos y mapas del Estado Mayor, en los cuales no están señaladas las presas construídas en el Sena hace treinta años.

Y, sin embargo, ¡cuánto gusta saber algo del país que se quiere visitar! ¡Cuánto se alegra uno al en-

contrar un libro en el que un vagabundo sincero ha explicado algunas de sus visiones! Aquello es como una presentación que os prepara el conocimiento definitivo. A veces es más. Cuando uno penetra en Argelia hasta el oasis de Laghuat, hay que leer de continuo el admirable libro de Fromentín: *Un verano en el Sahara*. Aquel libro os abre los ojos y la inteligencia y parece alumbrar aquellas llanuras, aquellas montañas, aquellas soledades abrasadoras y os revela la misma alma del desierto.

Hay en todas las comarcas de Francia rincones casi desconocidos y encantadores. Sin tener la pretensión de hacer una nueva guía, quisiera de cuando en cuando indicar algunas cortas excursiones; viajes de diez ó quince días, realizados por los andarines é ignorados de los sedentarios.

No seguir jamás las carreteras y siempre los atajos, dormir en las granjas cuando no se topa con hosterías, comer pan y beber agua cuando es difícil proporcionarse otros comestibles, y no temer la lluvia, ni las distancias, ni las largas horas de una marcha regular, he ahí lo que es necesario para recorrer y conocer un país hasta la entraña, para descubrir, junto á las ciudades por donde pasan los turistas, mil cosas que no se sospechaban siquiera.

Entre las antiguas provincias francesas, la Bretaña es una de las más curiosas; en diez días se puede conocer bastante para formarse cabal concepto de su temperamento, pues los países, como los hombres, tienen el suyo propio.

Atravesémosla en rápida marcha. Vayamos únicamente de Vannes á Douarnerez, siguiendo la costa, la verdadera costa bretona, solitaria y baja; sembrada de escollos, donde las olas rugen sin cesar como contestando al silbido del viento en las landas.

El Morbihán, especie de mar interior que sube y baja bajo la presión de las mareas del gran Océano, se extiende ante el puerto de Vannes. Hay que atravesarlo para llegar á alta mar.

Está cuajado de islas, de islas druídicas, misteriosas, pobladas de fantasmas. Soportan túmulos, menhirs, dolmens, todas esas piedras raras que casi fueron dioses. Esos islotes, según los bretones, son tan numerosos como los días del año. El Morbihán es un mar simbólico estremecido por las supersticiones.

Este es el gran encanto de la comarca; ser la madre de las leyendas. Muertas ya en el resto del mundo, las antiguas creencias arraigan aún en este

suelo de granito. Los cuentos antiguos también son indestructibles en Bretaña, y el labriego os habla de aventuras realizadas quince siglos atrás como si dataran de ayer, como si su padre ó su abuelo las presenciaran.

Hay subterráneos donde los cadáveres no se corrompen, permanecen como cuando murieron, desecados tan sólo porque el manantial de la sangre no corre ya. Así los recuerdos viven eternamente en este rincón de Francia, los recuerdos y hasta el modo de pensar de los antepasados.

Dejé Vannes el mismo día de mi llegada, para ir á visitar un castillo histórico, y desde allí ganar Locmariaker, luego Carnac, y, siguiendo la costa, Pont-l'Abbé, Penmarck, la punta del Raz y Douarnerez.

El camino seguía al principio el Morbihán, luego se hundía en una landa ilimitada, llena de charcas, sin una casa, sin un árbol, sin un sér viviente, cuajada de juncos que se estremecen y silban á impulsos del viento que arrastra por el cielo nubes desgarradas que parecen gemir.

Más lejos atravesé un villorrio donde vi á tres labradores sucios y desarrapados, y una mocetona de unos veinte años, con las pantorrillas sucias de

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

estiércol, y de nuevo volví á la landa desierta, desnuda, pantanosa, yendo á perderse en el Océano, cuya línea gris, iluminada á veces por claridades de espuma, se marcaba á lo lejos, sobre el horizonte.

En el centro de aquella extensión salvaje, se levantaban unas altas ruinas; un castillo cuadrado, con torres en los ángulos, de pie, solitario entre aquellos dos desiertos: el mar y las landas.

La antigua morada señorial de Sucinio, que data del siglo, XIII es ilustre. Allí nació el gran condestable de Richemont que echó á los ingleses de Francia.

No quedan puertas. Entré en el amplio patio solitario, donde las torres derruídas forman montones de piedras, y subiendo restos de escaleras, escalando paredes cuarteadas, agarrándome á la yedra, á los sillares de granito casi descuajados, á cuanto podía, llegué á lo alto de una torre, desde donde miré la Bretaña.

Enfrente de mí, detrás de un trozo de llanura inculta, el Océano sucio y mugidor bajo un cielo obscuro, ¡y por todas partes la landa! A lo lejos, á la derecha, el mar del Morbihán, con sus riberas desgarradas, y más lejos, apenas visible, una ciudad blanca iluminada por un rayo de sol: Vannes. Y

más distante aun, un cabo desmesurado: Quiberón.

Todo aquello melancólico, triste, desolado. El viento lloraba recorriendo aquellos parajes sombríos; estaba á no dudarlo en el país de los fantasmas; y entre aquellos muros, entre los juncos bajos y sibilantes, en aquellas charcas donde el agua se corrompe, sentía alentar las leyendas.

Al día siguiente atravesé Saint-Gildas, donde parece errar todavía el espectro de Abelardo. En Port-Navalo, el marino que me hizo atravesar el estrecho, me habló de su padre, un chuán, de su hermano mayor, un chuán, de su tío el cura, chuán también, los tres muertos... Y su mano extendida señalaba Quiberón.

En Locmariaker entré en la patria de los druidas. Un bretón me enseñó la mesa de César, un monstruo de granito sostenido por colosos; luego me habló de César como de un anciano á quien hubiera visto.

Siguiendo siempre la costa entre la landa y el mar, al anochecer, desde lo alto de un túmulo vi el campo de piedras de Carnac.

Aquellas piedras, alineadas hasta lo infinito, gigantescas ó pequeñas, cuadradas, largas, aplana-

das, parecen vivas, tienen aspecto de grandes seres flacos ó barrigudos. Cuando se las mira mucho rato se las ve moverse, inclinarse, vivir.

Se pierde uno entre ellas; á veces una pared interrumpe aquella multitud granítica; se salva y aquel extraño amontonamiento continúa, plantado como las avenidas, espaciado como los soldados, aterrador como las apariciones.

El corazón os late; el espíritu, á pesar vuestro, se exalta, remonta las edades, se pierde en las creencias supersticiosas.

Mientras permanecía inmóvil, estupefacto y encantado, un ruido súbito que oí detrás de mí me produjo tal sacudida, que me volví de un salto. Y vi á un hombre con traje negro, un libro bajo el brazo, que después de saludarme me dijo: «¿De modo, caballero, que visita usted nuestro Carnac?» Le conté mi entusiasmo y el susto que me diera. El añadió: «Aquí, caballero, alientan en la atmósfera tantas leyendas que todos tienen miedo sin saber por qué. Hace cinco años que hago excavaciones bajo estas piedras. Cada una tiene su secreto y á veces estoy tentado de creer que tiene un alma. Cuando piso de nuevo el bulevar parisién me río de mi tontería; pero cuando vuelvo á Carnac soy creyente, sin religión determinada; pero creyendo en todas.»

Y golpeando con el pie, repuso: «Esta es una tierra de religión, no hay que burlarse de las creencias extinguidas, puesto que nada muere. ¡Estamos en la tierra de los druidas, caballero, respetemos su fe!»

El sol que se había puesto en el mar, dejó el cielo enrojecido y aquella luz ensangrentaba las enormes piedras antiguas.

El viejo sonrió:

—Imagine usted la fuerza que tendrán en este lugar estas terribles creencias, cuando aquí mismo tuve una visión. ¡Qué digo! ¡Una aparición verdadera! Allí, en este dolmen, una tarde, á esta hora, vi claramente á la maga Koridwen que hacía hervir el agua milagrosa.

Le interrumpí porque ignoraba quién era aquella maga.

Se indignó.

—¡Cómo! ¿no conoce usted á la esposa del dios Hu y á la madre de los korrigans?

—No, se lo confieso. Sírvase usted contarme la leyenda.

Me senté en un menhir á su lado.

Habló así:

«El dios Hu, padre de los druidas, tenía por esposa á la maga Koridwen. Le dió tres hijos, Mor-Vrau, Creiz-Viou, una hija, la más bella del mundo, y Aravik-Du, el más horrible de los seres.

»Koridwen, movida de su amor maternal, quiso dejar algo á ese hijo desgraciado y resolvió hacerle beber el agua de la adivinación.

»Aquella agua debía hervir durante un año. La encantadora confió la guarda del vaso que la contenía á un ciego llamado Morda y al enano Gwiou.

»Iba á terminar el año cuando los dos viejos, poco cuidadosos, dejaron verter parte del líquido y como tres gotas cayeron en el dedo del enano y éste lo llevó á la boca, conoció el porvenir. El cacharro se rompió entonces y Koridwen, apareciendo, se lanzó sobre Gwiou, que huyó.

»Como iba á ser alcanzado, se convirtió en liebre; pero la encantadora, convertida en lebrel, le persiguió. Iba á cogerle en la orilla de un río, cuando tomó el enano la forma de un pez y se lanzó á la corriente. Entonces apareció una nutria enorme que le persiguió tan de cerca, que sólo pudo escapar convirtiéndose en pájaro. Pero un veloz milano apareció en el aire con las alas desplegadas y el pico

abierto. Era Koridwen. Gwiou, estremecido de miedo, se cambió en un grano de trigo y se dejó caer en un montón de candeal.

»Entonces una gallina negra fué al montón y se lo tragó. Koridwen, ya vengada, descansaba, cuando notó que de nuevo iba á ser madre.

»El grano de trigo había germinado en ella, y nació un niño que Hu abandonó á la corriente de un río, dentro de una cesta de mimbres. Pero el niño salvado por el hijo del rey Gouydno, fué un genio, el espíritu de la landa, el korrigan. De Koridwen nacieron, pues, todos esos seres fantásticos, los enanos, los gnomos que corren entre estas piedras. Se dice que viven debajo de ellas, en agujeros, y que salen por la noche para correr entre los juncos. Permanezca usted una temporada entre estos monumentos encantados, caballero, mire usted fijamente un dolmen plantado en el suelo y pronto sentirá usted como se estremece el suelo, como se mueven las piedras y se estremecerá de miedo viendo un korrigan que le mira, levantando con la frente el bloque de granito puesto sobre él. Ahora vamos á comer.»

La noche había cerrado, sin luna, negra, poblada por los rumores del viento. Con las manos ex-

tendidas andaba tropezando con las piedras erguidas, y aquel relato, aquel país, mis pensamientos, todo había tomado un tono tan sobrenatural, que no me hubiese sorprendido ver de pronto que un korrigan pasara corriendo entre mis piernas.

Al día siguiente emprendí de nuevo la marcha, atravesando landas, aldeas, ciudades, Lorient, Quimperlé, tan linda en el fondo del valle, Quimper.

La carretera parte de Quimper, sube una cuesta, corta valles, pasa una especie de lago lleno de hierbas, sombrío y penetra al cabo en Pont-l'Abbé, la ciudad más bretona de toda aquella Bretaña bretañista que va del Morbihán á la punta del Raz.

A la entrada hay un viejo castillo flanqueado de torres que baña sus pies en un estanque triste, triste, del que se levantan vuelos de aves silvestres.

De allí sale un río que los buques de cabotaje pueden remontar hasta la ciudad. En las estrechas calles de casas seculares, los hombres llevan el sombrero de inmensas alas, el chaleco magníficamente bordado y las cuatro blusas superpuestas; la primera que apenas cubre los homóplatos y la última que llega hasta los muslos.

Las muchachas altas, bellas, frescas, tienen el pecho aplastado por un chaleco de paño que forma

como una coraza que las oprime y que no deja adivinar los pechos opulentos y martirizados. Llevan extraño atavío en la cabeza. En las sienes dos placas bordadas de colores forman marco al rostro, aprietan los cabellos que caen en crenchas para volver á reunirse bajo una rara cofia, que á menudo es de tisú de oro y plata.

El camino sale de esa ciudad medioeval casi olvidada y se aleja, adelantando á través de las landas. De trecho en trecho se ve un grupo de vacas que pastan junto al camino en compañía de algunos carneros. Al principio se pregunta uno por qué no es posible ver vacas sin que las acompañe un borrego. Esto os extraña, os hostiga, llega á constituir una verdadera obsesión. Entonces se busca un hombre que sepa lo que aquello significa. Se le encuentra al cabo, pues á veces se pasa uno días y días sin encontrar un aldeano que sepa el francés. Por fin, algún cura que lee su breviario andando despacito, os informa de que aquel carnero se destina á los lobos.

Un carnero vale menos que una vaca, y como su presa no ofrece ningún riesgo, el lobo lo prefiere á la vaca. Pero sucede á menudo que las valientes vaquitas forman el cuadro para defender á su ino-